



AD libiTUM

Son pocas las oportunidades en las que una obra, incluso antes de su confrontación con el público, nace para la historia. Algo similar ocurrió aquella noche del 28 de abril de 1978, cuando Alberto Méndez logró reunir sobre el escenario del teatro García Lorca a dos descoltantes personalidades, que aunque transitan distintos caminos, se reúnen en esos irrepitibles instantes de la perfección del movimiento. El público, alertado de la singularidad histórica, se apresuró a ser testigo de un hecho en el que presentía trascendencia de leyenda; y es que Alicia Alonso y Antonio Gades, protagonistas de aquel paso a dos llamado Ad Libitum, poseen esa virtud, extraña al arte, de ponernos a todos de acuerdo.

Sergio Vitier concibió la música como un contrapunto donde, también ad libitum, andaban nuestras principales raíces culturales ilustradas con las melodías españolas, hábilmente interpretadas por el propio autor en la guitarra; y el seco y excitante ritmo de la percusión africana a cargo de Jesús Pérez, Tata Güines y Guillermo Barreto.

Luego que la rítmica africana creaba otra interrogante a los ya inquietos asistentes, una iluminación de claroscuros descubrió las siluetas de los dos bailarines. Y allí, en un escenario poéticamente desnudo, y sobre un esquema muy simple, tuvo lugar el diálogo entre dos lenguajes danzarios. La arrogancia del flamenco de Gades, con su fuerte acento hacia adelante, que esta vez emergió del ritmo de los tam-



Foto: F. Alvarez.

bores batá, fue un brillante desafío que encontraba respuesta en los delicados movimientos que Alicia elaboraba sobre la melodía de la guitarra. Y cuando los brazos de Gades se retorcián en tensiones dramáticas con un ritmo que se siente subir del alma, y todas sus facciones se acercan al dolor trágico, la respuesta eran unos suaves brazos románticos, que coronados con una intencionada sonrisa, confundían, para el disfrute de espectadores, la respuesta danzaria con la puramente femenina.

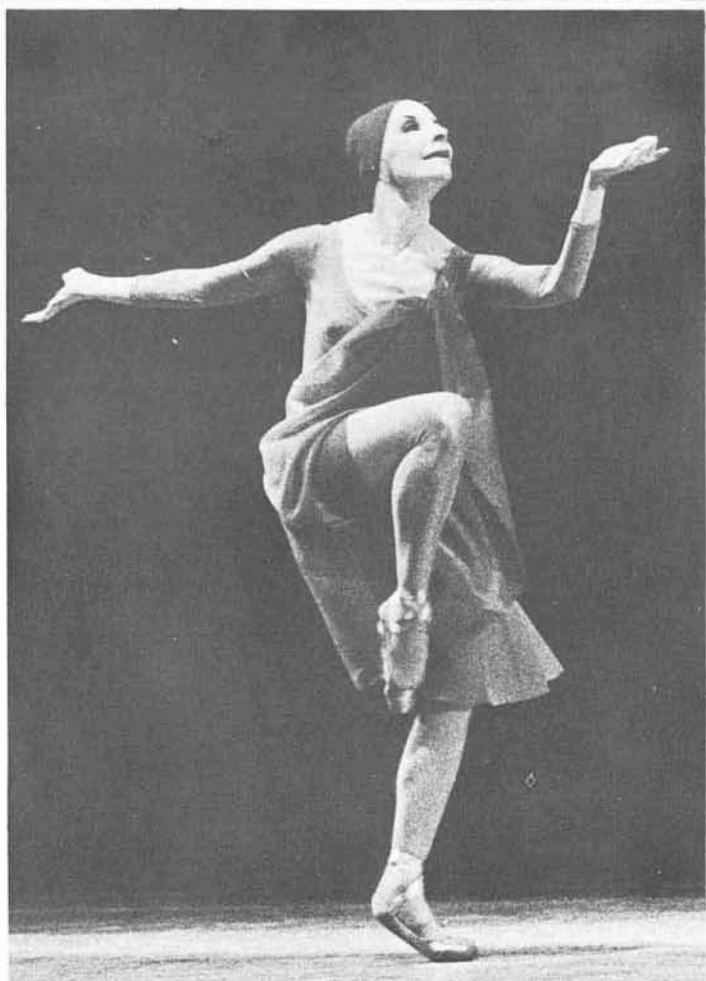
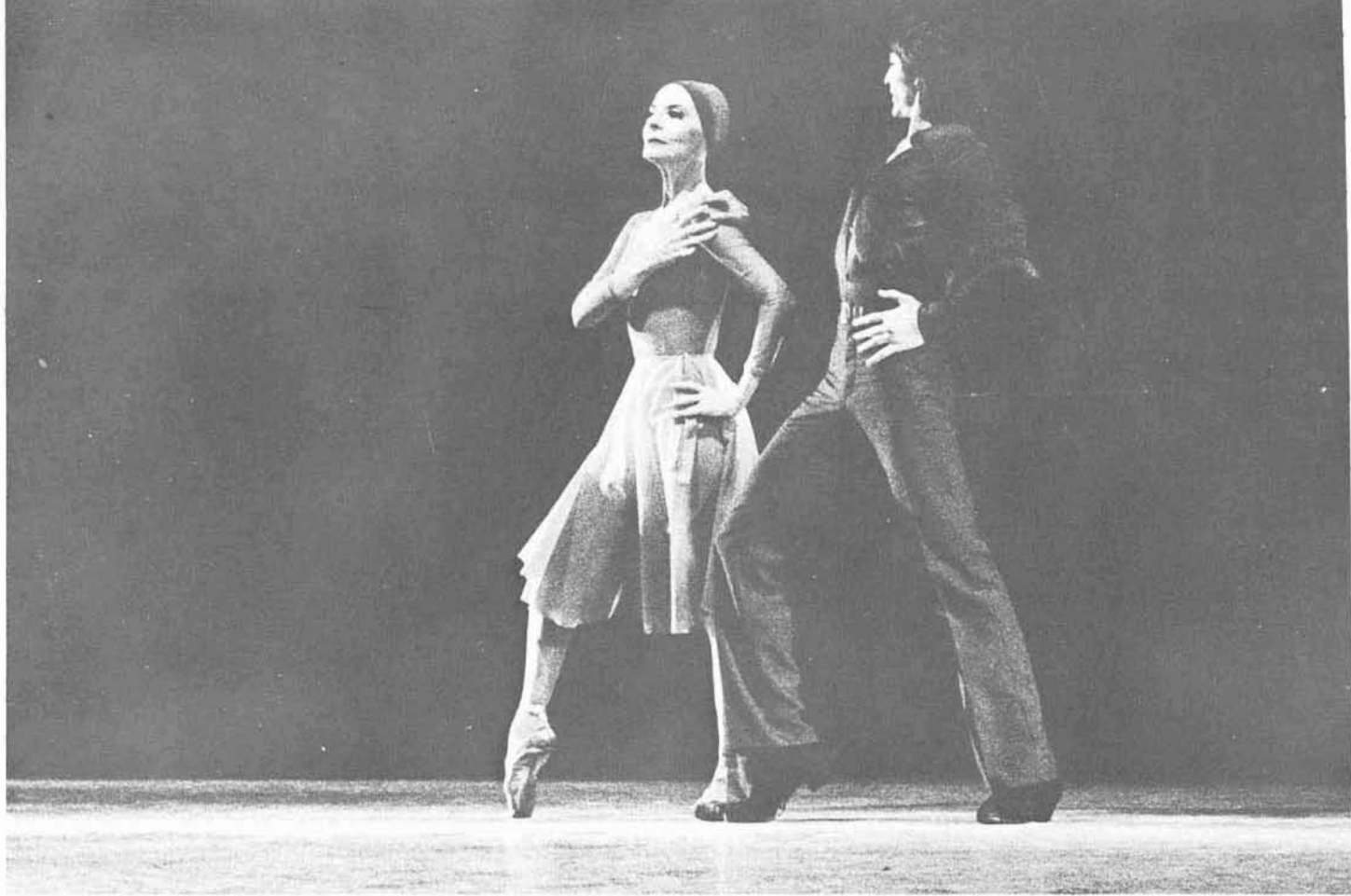
Y así, ante el crescendo de las viriles propuestas de Gades, la Alonso siempre encontró réplicas, que sin perder la intensidad del juego amoroso, evocaban algunos de los estilos mayores del ballet, desde las poses de las danzas preclásicas hasta insinuaciones modernas, incluyendo las referencias románticas y clásicas; para culminar, en un duo a tiempo de son, con ese sensual contoneo, ya no africano ni español, sino límpidamente cubano, que lleno de delicadeza, semeja el ondulante murmullo de nuestra naturaleza.

El encuentro, que a su inicio imaginamos sólo como un contrapunto cultural, en su desarrollo se nos fue transformando en un acercamiento entre la pareja humana, que al final, y luego de un inteligente uso del espacio escénico, se pierde en las sombras bajo el jolgorio de una atenuada rumba.

No hace falta más. Porque Alicia Alonso y Antonio Gades poseen, además, el infrecuente talento de los grandes artistas.



Foto: Luis Castañeda.





Arriba, izquierda: Alonso y Gades. (Fotos: Castañeda).

Arriba, derecha: durante la filmación de Ad Libitum por el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). (Fotos: Osvaldo Salas).

Después del estreno mundial de Ad Libitum, la compañera Vilma Espín, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, del Consejo de Estado y presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas, saluda a Alicia Alonso y Antonio Gades, quienes aparecen junto a Manuel Corrales, el historiador del BNC Miguel Cabrera, el coreógrafo Alberto Méndez y Alfredo Guevara, viceministro de Cultura.

